



TODO EL PUEBLO

PARTICIPA

ACTUANDO

COMO EL GRAN "CORO"

como el cura, apoyado por un grupo de soñadores como él, concebía y ponía en práctica un Via-Crucis viviente por los lugares naturales del pueblo, de gran paralelismo con aquellos otros lugares sagrados donde tuvo lugar el auténtico drama del Calvario. Chinchón le brindaba sus huertos que evocaban el de Getsemaní; una empinada calle de la Amargura que recordaba a la de Jerusalén; y antiguas casas con balconadas que hacían pensar en el pretorio de Pilatos...; sólo le faltaba escoger algunos lugares más, adecuados a las

restantes escenas, y el marco de la pasión estaba completo. La señorita Pilar Montero, directora del cuadro artístico de la ciudad, sería la encargada de poner a punto a un nutrido grupo de actores espontáneos —unos 200—, gentes de todas condicio-

abarrotan la plaza en tan señalado día, prorrumpen en cerrado aplauso; aplauso en muchos casos mezclados con lágrimas de emoción incontenibles...

Castilla tiene, como corresponde —me dice como despedida don Moisés—, su sobria pasión, regalo que le hizo su hija

LA "PASION DE CHINCHON" A SOCIADA A LOS "FESTIVALES DE ESPAÑA"

nes sociales y edades, naturales del pueblo. Bien es verdad que aquí en Chinchón, Castilla sin mar, no había pescadores como Pedro y otros apóstoles de Cristo; pero hay, había, también gentes sencillas, como Antonio Catalán Torres, un hortelano encargado de encarnar a Jesús; Santiago el Mayor es representado por Ignacio Juste Iribarren, abogado; a Simón le podemos ver revivido en Florentino García, agricultor, y al apóstol Tomás, nada menos que por un matarife, Tomás Manquillo; Judas está representado por un oficinista, Francisco Manquillo. Jesús García, un administrativo, actúa de Pilatos.

Las emotivas escenas del gran papel de la Virgen son interpretadas por una joven empleada, la señorita Petri Esteban; y la Verónica, por una joven industrial, la señorita Pilar Ruiz. Y así, en la dramática escena del Calvario, además de la Virgen, José Luis Magallanes, empleado, hace el papel de Juan; uno de los centuriones está representado por el labrador José Luis Carrasco, mientras que los dos ladrones serán el mesonero Fernando Juárez y Tomás Castillo, labrador.

Y como actuando de gran coro —no es una pasión para ver, sino para participar— todo el pueblo de Chinchón. El cura párroco me indica ahora los lugares del pueblo donde se representan los hechos claves del drama. Me muestra los soporales del Ayuntamiento donde unos israelitas han de preparar el Cenáculo, hasta el momento en que aparece Cristo con sus Apóstoles. El lavatorio, la denuncia del traidor Judas, la institución de la Eucaristía y el mandamiento del amor. Luego el lugar donde, procesionalmente, se llega hasta los huertos, sitio en que tendrá lugar la Oración en el Huerto de Getsemaní. Más adelante, en la «Esquina Olalla», la escena del Pretorio, donde más tarde ha de partir Cristo, precedido de una centuria de romanos, con la cruz a cuestas por una empinada calle; y donde de una posada saldrá con su burra el Cirene, al que obligan a llevar la Cruz. Y continúa el cortejo. En la entrada a la Plaza Mayor, junto a la «Columna de los Franceses» —aquí murieron 103 chinchonenses a manos de los soldados napoleónicos—, la Verónica enjuga el rostro de Jesús. Un poco más adelante, en el Arco del Barranco de las Mulillas, el encuentro de María con su hijo, para luego llegar a la «Fuente-Arriba», transformada en montículo donde le crucifican. Luego, el Santo Entierro hacia el Barranco Bajo.

Y por fin, como remate, el retablo pétreo de la plaza, donde la ingente mole de la fachada principal de la iglesia parroquial, sirve de fondo al Señor Resucitado que se eleva hacia las alturas, mientras voltean las campanas de San Pedro, cuyas alegres notas enlazan con el «Aleluya» de Haendel, y donde los millares de vecinos y turistas —muchos de diversas nacionalidades y razas— que



la Muy Noble y Muy Leal ciudad de Chinchón.

Bellas palabras para tan original y bella ciudad. Hermosas palabras para tan hermosa pasión, impregnado del más espontáneo fervor religioso de un pueblo, pueblo castellano; Pasión hoy patrocinada por la Dirección de Cultura Popular del Ministerio de Información y Turismo, y asociada a «Festivales de España».

J. B. FILGUEIRA

LECTOR: como te prometí en mi anterior capítulo inventario, primero, de la provincia de Madrid, siguiendo el itinerario Norte-Este, hoy continuo mi antología a lo largo del itinerario Este-Sur. Y deseo recordarte, antes de iniciar mi andadura (a pie, con alforjas y compañero fotógrafo) que no te extrañes si en este segundo capítulo adviertes que faltan los inventarios nada menos que de Alcalá de Henares y Aranjuez; pues que ya te advertí yo, en mi anterior crónica, que tales dos lugares gloriosos en la Historia de España, cabezas de Partido Judicial, con la añadidura del de San Lorenzo de El Escorial, quedarían fuera de mi selección caprichosa, pues que cada uno de los tres son pura y larga y maravillosa antología de historia y arte, necesitados, uno a uno, de propios inventarios, agotadores, de varios centenares de páginas.

Y ya tranquilo de conciencia por mi anterior aclaración, sereno de espíritu y con renovado entusiasmo, inicio mi caminata que, aun cuando para ti, lector, te parezca el cuento de algunos minutos, a mí el ojeo, reflexión, moroso examen y descripción de lo hallado a mi paso curioso, me exigió una quincena y algunas horas, por aquello de que no hay condena judicial ni plazo —aún el más perentorio— que pueda señalarse por días enteros. Bien sé yo que a San Fernando

del Jarama se le denomina hoy San Fernando de Henares. Pero a mí esta alteración topónima, aun cuando sea oficial, no me place, ni la acepto. A San Fernando del Jarama le seguiré llamando así por tres razones: ser el Jarama río de más caudal y curso que el Henares, y fin de éste; estar más cerca de San Fernando el Jarama que el Henares; y darme mi personal gana de seguirle dando su nominación tradicional. Y como la Naturaleza también es arte, según sentencia antiquísima y aceptada por todos sin rechistar a nadie, mi primera selección en este pueblo son su hermoso paseo de chopos —que se alinean, paralelos a las márgenes del río— y su no menos hermoso paseo de plátanos silvestres. Dos paseos dignos de los óleos o de las acuarelas de los admirables Carlos Haes, Agustín Lhardy y Aureliano de Beruete. Y la fachada del palacio de Aldovea, compuesta por dos cuerpos a sendos lados de la saliente portada; el cuerpo inferior, recto y el superior, curvo; y la portada, con ventanas y puerta con orejeras, de exasperado barroco. Y sobre la puerta, la leyenda: REINANDO FERNANDO VI. AÑO 1747.

Entre Alcalá y Loeches (11 kilómetros de jornada entera y sin ahogúos) un camino como sayal remendado. Tierras de secano, desamparadas. Olivares si no canijos por complejo, semicanijos. Hectá-

SELECCION DE ARTE (A MI GUSTO) EN LA PROVINCIA DE MADRID (II)

De San Fernando del Jarama a Getafe, pasando por Loeches, Nuevo Baztán, Arganda, Perales, Villarejo de Salvanes, Chinchón, Colmenar de Oreja, Ciempozuelos, Valdemoro y Pinto



Escribe:
**FEDERICO CARLOS
SAINZ DE ROBLES**
Cronista Oficial de Madrid



CONTRIBUCION AL TURISMO DESPISTADO

reas de cebadas cortas de talla. Viñedos que denuncian su propiedad hogareña y con poco que hacer en mercados de consumo. Colinas jorobetas con escasos alicientes vegetales. Frecuentes delaciones de tierras yeseras con entrañas yermas. Ya dentro de Loeches hay mucho donde elegir sin titubeos. En la iglesia parroquial de la Asunción de Nuestra Señora —admirable ejemplar renacentista, con alta torre de alto cimborrio—, las tres portadas: la de entrada, plateresca, con arco lobulado gótico y capiteles con cráneos, y esta leyenda en el estabamento: «Hec est Domus Domini firmiter edificata». Y de estilo purista —hacia 1560— la del lado del Evangelio, su tímpano con la media imagen de Dios Padre. La del lado de la Epístola, toscana, del siglo XVII. Y dentro del templo (tres naves con columnas platerescas y arcos rebajados, cobertura con alfarje, crucero cupulado y con brazos abovedados con lunetos), un delicioso detalle: el retablo

neoclásico corinto, con columnas laterales, de la capilla bautismal. En el convento de carmelitas descalzas, fundado —1596— por doña Francisca de Cárdenas y cuya propiedad pasó, con el señorío de Loeches, al conde-duque de Olivares, algunas nimiedades simpáticas (que también en la nimiedad puede estar el buen gusto): pinturas del Santo Cristo de Burgos y de Nuestra Señora del Carmen, quien cobija bajo su manto a frailes y monjas, obra del siglo XVIII. Los tesoros de Loeches están en el convento de las dominicas recoletas, fundación fanfarrona del fanfarrón conde-duque de Olivares en 1640. Aquí sí que hay cosas que seleccionar con prontitud y entusiasmo. La fachada portada bellísima que recuerda muchísimo la del madrileño monasterio de la Encarnación. Y que hace pensar si sería el gran arquitecto Juan Gómez de Mora, alarife de la Encarnación, el autor de esta (y de su templo) de Loeches. Y dentro del convento, el conjunto



del panteón de los señores duques de Alba, rotonda a imitación —humildísima— del panteón de reyes de El Escorial, sino que mucho menos dramático que éste, pues que los mármoles oscuros de éste quedan sustituidos en aquél por mármoles blancos. Y de este panteón, centrado en la rotonda, el abarrocado mausoleo, en mármol blanco, con la bellísima estatua yacente de doña Francisca de Sales Portocarrero, duquesa de Alba, condesa de Montijo, hermana de la emperatriz de Francia, Eugenia de Montijo. Mármol blanco de Carrara con admirable arte en paños, escudos, guirnaldas, angelotes genuflectos, almohadones, geometrías... Pero cuya mayor seducción está —pieza preciosa en mi antología de arte— en la bellísima criatura que se recostó, seductoramente, no para morir, sino para dormirse en una escala de ensueños.

Entre Loeches y el Nuevo Baztán, 9 kilómetros por un camino serpentino, bacheado, que repta a lo largo de 163 metros. Y ya en este lugar rústico-urbano, trazado por don José de Churriguera, selecciono: el churrigueresco palacio, de dos plantas, unido al gran templo, flanqueado por dos torres y con hastial coronado por un gran frontón. Y de la iglesia parroquial de San Francisco Javier (santo navarro, y no olvidemos que el Nuevo Baztán fue fundado por el gran caballero navarro don Juan de Goyeneche), me quedo con los once bronceos flamencos —siglo XVII— que representan la Natividad, la Visitación, la Circuncisión del Señor, la huida a Egipto, la Epifanía, la Adoración de los pastores, la Anunciación, los Desposorios de María, la Presentación de María en el templo, la Muerte de Nuestra Señora y su Asunción en cuerpo y alma. También me quedo con la imagen de la Virgen con el Niño, barroco del siglo XVII; y con los relieves de alabastro italianos, con bustos femeninos; y con varios marfiles filipinos —del XVIII—: Cristo, arqueta de nácar... ¡Ah! Y con la imagen panorámica, obra de Churriguera, de templo, por fuera y por dentro: muros de piedra, naves con bóvedas de medio cañón con lunetos, crucero con cúpula sobre pechinas y tambor.

Carretera polvorosa y bacheada, entre Loeches y Arganda; pero carretera alentadora, por ambos lados, a causa de sus viñedos pimpantes dilectísimos a Baco. Y acorados de la copla cuarteta:

*Vino a Arganda
y no hizo vino.
Pues entonces,
¿a qué vino?*

De su iglesia parroquial, de 1525, dedicada a San Juan Bautista, me

pido: la talla de San Francisco de Asís, y el Niño Jesús en brazos de San José, atribuidos, aquél y estos, al genial Salzillo; las puertas, de asombroso tallado, obra de 1706; el hermosísimo artesonado de la sacristía, en molduras de escayola, de la que se dice: «no es la sacristía de la iglesia, sino la iglesia de la sacristía»; y las varias pinturas que hay en ellas, de los siglos XVII y XVIII, con reminiscencias aquella de la escuela de Guido Reni; y la cajonería de cuarterones y frente con pilastras, del XVII; y los cuatro mágicos espejos con marco negro, del XVII.

Poco donde elegir en la iglesia parroquial de Nuestra Señora del Castillo, de Perales de Tajuña; si acaso, y por llevarme algo de algún mérito: dos relicarios de plata del siglo XVII; un crucifijo de madera con inserciones de nácar.

En la iglesia parroquial de San Andrés, de Villarejo de Salvanes, no dejen ustedes de admirar: el estilo gótico del XVI del templo; las claves (escudos laureados con la Cruz de Santiago rodeado de estrellas y dos conchas) de la nave, del crucero y de la capilla mayor; el coro barroco; la portada de entrada, adintelada con columnas toscanas, frontón con escudo de Santiago y Cruz de San Andrés, obra del XVI, y la del lado de la Epístola, con arco de medio punto, bolas escorialenses y escudo de la Orden de Santiago; la reja renacentista, del segundo tercio del XVI, en el lado de la Epístola; el lavamanos de alabastro, siglo XVII, en la barroca sacristía.

Pocos pueblos —a mi juicio— españoles ofrecen a la contemplación mayores encantos que Chinchón («Anís, Plaza y Mesón», eslogan modernísimo). Encantos pintorescos. Las casas-rasgadas en galerías sobre pilarotes de piedra o madera — forman el amplio anfiteatro de la plaza impar. En el polo norte, del pueblo, se alza la enorme iglesia parroquial, antigua capilla de los condes. En el polo sur, sobre un pelado montículo, el castillo-palacio de dichos condes de Chinchón. (Recuerdo, para regocijado recuerdo de cuantos me lean, que retratando a una condesa de Chinchón, feilla y desgarbada, doña María Teresa de Borbón y Villabriga, hija del infante don Luis Antonio de Borbón, y esposa del famoso favorito don Manuel Godoy, pintó el genial Goya uno de los retratos más sugestivos, asombrosos, casi impar en la pintura universal.) Pues, sí, lectores míos, lo mismito que están ustedes pensando: las primeritas cosas que selecciono de Chinchón son su panorámica urbana, las ruinas de su castillo y su anisete (mejor el seco que el dulce), y vive Dios

